LA POESÍA DE JOVELLANOS

Para comprender lo que la poesía significa en la vida y en la obra de Jovellanos, nada mejor que empezar leyendo, releyendo los apuntes que de su labor en el Real Instituto Asturiano—esas tardes de los jueves, dedicadas al ejercicio poético, esas paternales efusiones ante las juveniles hazañas retóricas de sus alumnos—anota cuidadosamente D. Gaspar en sus Diarios. Qué bien comprendemos a la luz de esas confidencias el doble goce del maestro y del poeta, enriquecido aún con el noble amor para las cosas y los hijos del rincón natal. Escojamos, por ejemplo, el 10 de abril de 1794, el año venturoso de la apertura del Instituto. «Agua, viento, nieve. Habrá menguado la esperanza de la fruta, que pintaba maravillosamente. A corregir el 5.º cuadernillo de la Ley Agraria. A la torre. Continúa la versión de Saint-Pierre. A la huerta, que está bellísima; no parece que el temporal hiciese estrago. Por la tarde—aunque de asueto—al Instituto; fueron todos citados. Pienso ejercitarlos en decorar y decir algunos trozos de poesía escogida. Los dividí en tandas; señalé a los más crecidos la *Noche serena* y *La profecía del Tajo*, de Fray Luis de León; a otros, el romance de *La mañana* y la oda de *La noche*, de Meléndez, y a otros más pequeños, el soneto a *La paloma* y otras cosillas del mismo». Precioso párrafo que nos revela la riqueza de un día de Jovellanos y su amor

---

Se recoge en este trabajo la parte esencial de una conferencia, explicada en el Real Instituto de Jovellanos de Gijón, el 20 de abril de 1944, con motivo del Centenario, y perteneciente al ciclo organizado por la villa que le vió nacer.

por la poesía, no sólo en sí misma, sino por su valor educativo. En pocas líneas aprendemos a conocer íntegramente al gran *Jovino* y su modo total de abarcar la naturaleza. Ley Agraria, Bernardino de Saint-Pierre, la huerta bajo las esperanzas y los meteoros, la poesía diurna o nocturna de antiguos y modernos. El homenaje a los amigos, al dulce *Batilo* y el cariño a los discípulos. Así, de amores, esperanzas, lecturas y miradas al cielo se van entretejiendo los días de una vida densa, jugosa, cordialmente humana como pocas.

De esa vida, por tantos conceptos ejemplar, la poesía, si no estuvo ciertamente nunca ausente del todo, tampoco pudo ocupar en la generosa amplitud de sus derramadas dimensiones sino una parcela proporcionada. Me refiero, claro está, a la poesía en el sentido estricto de la palabra, al arte de escribir en verso con un único propósito de lograr la belleza del espíritu y de la materia verbales. Don Gaspar de Jovellanos fué poeta, pero no fué *un* poeta. No se le puede definir por esa palabra. Al aislar de su plural vocación la partecilla que corresponde al trato de las musas, estamos en peligro de cometer una cruel amputación, si no guardamos en nuestros juicios y consideraciones el debido respeto a la integridad de un destino, a la unidad compleja de un alma que sabe que la poesía profesional no lo es todo, que siente una rica avidez por todo manjar de la sensibilidad y de la inteligencia, y que, por añadidura, vive en un siglo radicalmente incompatible con la desnudez de la pura intuición poética. Si la poesía es realmente lo que es para nosotros, sus aficionados del siglo presente, una creación de lo que no existe, una humana emulación de la divina fantasía, la posibilidad de otro mundo, por encima o más allá de la evidencia física, si es el conocimiento también de este universo que habitamos, pero obtenido por la vía de la gracia y revelado en su más honda verdad por la eficacia de la palabra y su misterio, entonces el siglo XVIII nada ha sabido de la poesía. Entendamos el siglo XVIII, no en sus límites estrictos cronológicos, sino en una extensión aproximada cuyos límites de

entrada y salida pueden diferir en unas décadas de país a país, pero siempre fácilmente identificables en función de sus designios filosóficos, culturales y estéticos. Siglo XVIII es totalmente Voltaire, pero ya no lo es Goethe, que, como Goya, si bien de tan distinto modo, se salva a caballo sobre el 1800. La poesía del siglo XVIII hay que ir a buscarla fuera de los versos. Por ejemplo, en la música de Mozart. O en la prosa de Saint-Pierre, o de Rousseau, o de Jovellanos. Por no hablar ya de la poesía de la ciencia física o de la psicología escocesa. Por eso no nos debe extrañar que no haya grandes poetas en el XVIII. No lo es Pope, que muere el mismo año que nace Jovellanos. Ni Parini. Ni Klopstock. Ni Voltaire. Y sólo Chénier, cuando va a finalizar el siglo, trae de su Constantinopla natal, tan cerca de la antigua Grecia, esa brisa fresca de auténtica poesía, que por los mismos años va a empezar a soplar sobre los lagos de Escocia. Pero esto es ya el nuevo siglo que anticipa impaciente sus mensajes románticos.

Veamos ahora qué fué la poesía para Jovellanos y hasta qué punto se identifica con las ideas de su siglo. El primer documento importante data de 1780—36 años de edad—y es la *Carta de Jovellanos a su hermano mayor, D. Francisco de Paula, dirigiéndole sus entretenimientos juveniles.* Recuerda este prólogo confidencial a la primera edición de sus poesías, otro prólogo inmortal, el que el maestro Fray Luis de León dirige a Portocarrero. «Entre las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad, y casi en mi niñez, se me cayeron de entre las manos estas obrecillas, a las cuales me apliqué más por inclinación de mi estrella que por juicio o voluntad.» Así se expresaba, casi disculpándose, el gran poeta de la *Noche serena.* Y nuestro *Jovino* empieza, recordándole probablemente, como sigue: «Por fin, querido Frasquito, van a tus manos estos versos, que son el único fruto de mis ocios juveniles; y en ellos te envío una firme prueba de mi amor y confianza fraternal. Mil razones, que no se ocultarán a tu penetración, me han obligado siempre a esconderlos, no sólo de la vista del público, sino también de la mayor parte de mis amigos. Viéronlos solamente

aquellos pocos a quienes una íntima y sencilla amistad y una perfecta confrontación de sentimientos y de ideas tuvo siempre abiertas las puertas de mi corazón. Para los demás, estos versos han sido siempre un misterio ignorado o escondido». Observemos, por nuestra cuenta, que esta posición frente al lector, desentendiéndose del público, escondiéndose de él, guardando su secreto para unos pocos íntimos identificados en el latir de los corazones, es o debiera ser la ideal para todo poeta reverente y sincero. Sigue D. Gaspar aludiendo a los seguros defectos de obra tan poco pulimentada y luego insiste sobre la razón principal que le ha llevado a reservar sus juveniles ensayos. «En medio de la inclinación que tengo a la poesía (la inclinación de mi *estrella*, que decía *Marcelo)*, siempre he mirado la parte lírica de ella como poco digna de un hombre serio, especialmente cuando no tiene más objeto que el amor. Sé muy bien que la juventud la prefiere en sus composiciones, y no lo repruebo. Es natural que un poeta joven busque el objeto de sus composiciones entre los que ocupan su corazón más dulcemente: lo primero, porque así sentirá mayor placer en hacer versos, y lo segundo, porque los hará mejores. Aún por eso vemos que los que nacieron para grandes poetas han hecho sus ensayos en las poesías amorosas y tiernas, y estoy persuadido a que no tendríamos los grandes poemas, cuya belleza nos encanta y sorprende después de tantos años, si sus autores no hubiesen desperdiciado muchos versos en objetos frívolos y pequeños. (Perdón, D. Gaspar, ¿frívolo y pequeño el amor?) Cuando Virgilio dió principio a su *Eneida*, había ya admirado a Roma con sus *Bucólicas* y con los inimitables *Geórgicos*; de manera, que primero cantó de amores, después de placeres y ejercicios del campo, y, al fin, los hechos grandes y memorables que precedieron a la fundación de la soberbia Roma: *pascua, rura, duces*. Pero vuelvo a decir, sin embargo, que la poesía amorosa me parece poco digna de un hombre serio, y aunque yo, por mis años, pudiera resistir todavía este título, no pudiera por mi profesión, que me ha sujetado desde una edad temprana a las más graves y delica-

das obligaciones». Fué, pues, su profesión de magistrado, como a renglón seguido explaya Jovellanos, la que le obligó a una tempranísima retirada de su comercio—tan inocente, por otra parte—, con la musa Erato. Y hemos de creerle cuando nos confiesa algo, que tantos otros han tenido la vanidad de contarnos inútilmente, porque, a pesar de todo, no se lo creemos. «Estas razones, que me obligaron a entregar al fuego la mayor parte de mis versos (tan difícil es que un poeta juvenil entregue al fuego sus versos, como que una muchacha condene al mismo suplicio sus cartas de amores), y a sepultar en el olvido esos pocos, que por no sé qué casualidad se libraron de él, deben obligarte a ti también a ser muy circunspecto en el uso de esa confianza».

Perdón, D. Gaspar. Entonces, mi querido y respetable y austerísimo magistrado, ¿por qué darlos a la estampa? ¿Es eso ser muy circunspecto? La única explicación de paradoja tan paladina es que la *Carta* a Frasquito estuviera escrita años antes, y entretanto versos y propósitos se hubieran ido tiñendo de lontananza histórica. Pero aún falta la confesión que más nos importa. Es verdaderamente tremenda. «Vivimos en un siglo en que la poesía está en descrédito, y en que se cree que el hacer versos es una ocupación miserable». Y poco después añade: «Y aunque no sea yo de esta opinión, debo respetarla, porque cuando las preocupaciones son generales, es perdido cualquiera que no se conforme con ellas». No se puede hablar con más pesimista claridad. Jovellanos viene a darnos la razón cuando opinamos del siglo XVIII como de una edad antipoética. Lo malo es que se conforme y respete la condenatoria opinión, si bien atenúa su fallo, añadiendo que es preciso trabajar por deshacerla, por redimir a la poesía del descrédito justamente merecido por el mal uso que de ella hicieron los inmediatos antepasados y restaurar los estudios de las bellas letras. Y a propósito de combustiones poéticas, antes que se me olvide, apuntemos esta otra confesión de Jovellanos (20-setiembre-1794). «Vargas [Vargas Ponce] ofrece quemar los malos versos, y hará bien: *mediocribus esse poetis*

non homines, non Dii, non concessere columnae. No serán muchos los que reserve, aunque a vista de los que se hacen entre nosotros pudieran hacer buena figura los míos». Y, afortunadamente, D. Gaspar, que ya había cumplido los cincuenta, no piensa en volver a quemar sus recientes y futuros versos. Y volviendo a la *Carta*, no he de comentar por ahora su juicio sobre la poesía española del XVIII; sólo para terminar, dos interesantes afirmaciones autocríticas: «En cuanto a mí, estoy muy lejos de creer que mis versos tengan un gran mérito; pero sí aseguraré que no se parecen a los del mal tiempo. Si, por otra parte, no merecen ser estimados, ésta no será falta de crítica, sino de ingenio. Sin éste nadie puede ser poeta», y sigue una cita del *Horacio francés.* Y en seguida el último párrafo con esta reticencia, que luego hemos de recoger: «Algo quisiera añadir en abono de los versos libres o blancos; pero me insta el conductor que debe llevar esta colección. Queda el asunto para otra carta, si acaso los negocios de oficio me permitiesen dedicar a él algún rato, y entretanto...»

LA FORMACIÓN

Estudiemos ahora, siquiera sea rápidamente, la formación poética de Jovellanos, tal como puede rastrearse entre líneas de sus propios versos y espigando en las confesiones de sus cartas y *Diarios.* Cuando Jovellanos nace, hace apenas siete años que se ha publicado la primera edición de la *Poética*, de Luzán. En ella encontramos aquella definición de la poesía como actividad docente y moral, a la que el nuevo poeta va a adherirse sin reservas. Pero saltemos los años de su niñez y sus estudios de Gijón, Oviedo y Ávila para encontrarle, hecho ya un hombrecito—19 años—en Alcalá. El ambiente complutense, donde aún flotaba el recuerdo de los días gloriosos de Figueroa, de Lope y de Cervantes, había de influir profundamente en su educación intelectual y concretamente en su formación poética. Sobre todo, más que las viejas piedras y las clásicas lecturas, el trato con profesores, condiscípulos y amigos.

Entre estos últimos hay uno que en particular nos interesa: José Cadalso, o sea, el *Dalmiro* en la convencional Arcadia dieciochesca. Cadalso era sólo dos años y tres meses mayor que Jovellanos, pero a esa edad, tal diferencia pesa mucho, y más si el amigo mayor ha nacido en Cádiz y el menor en Gijón, y el primero es ya un guerrero voluntario que ha tomado parte en la campaña de Portugal. El estímulo de Cadalso debió de ser decisivo en la vocación literaria del aspirante a togado. Así lo reconoce, al menos, el autor del romancillo *A Mireo*: «De allí (quizá aguijado—de tan ilustre ejemplo)—trepar osé al Parnaso—por cima de escarmientos». Y, en efecto, los versos juveniles del nuevo poeta se parecen no poco a los de su generoso amigo, como se parecen, por supuesto, a los de todos los de su generación cuando cantan a sus *Enardas*, *Cloris*, *Filis*, etc.

SEVILLA Y SALAMANCA

Apenas cumple 23 años el futuro canónigo o magistrado, opta por servir al Estado y emprende el viaje a Sevilla, ya hecho todo un Alcalde del Crimen. Mucho se ha escrito sobre los diez años de Sevilla y no he de insistir yo, que no podría aportar ningún dato nuevo. Las páginas de magistral elegancia crítica que el Marqués de Valmar dedica a las relaciones de Jovellanos con sus amigos de Sevilla y de Salamanca, las más ceñidas, pero insuperables de D. Marcelino, y otras igualmente juiciosas de Rubió y Ors, de Merimée, del P. Delgado y otros jovellanistas, me excusan de entrar a fondo en materia tan sabida. Resumiré, sin embargo, para no perder el hilo, los principales sucesos. En una de las reuniones en el palacio de Olavide, el P. Miras, agustino, el *Mireo* del romancillo, responde a los cumplidos elogios de *Jovino* con este notición: «Yo tengo un fraile que deja chiquitos a todos los poetas de nuestro tiempo». En efecto, poco después *Mireo* le entrega la oda de *Liseno*; el P. Fernández, *La Historia de Jovino*, y la poesía *Jovino, descendido*, original de otro Padre, también agustino, como los otros dos y residente en Salamanca, Fray Diego Gon-

zález, autobautizado con el nombre poético de *Delio*. Desde ese día, la nueva *escuela salmantina* adquiere toda una consagrada realidad y por la persona de Jovellanos se une idealmente con el primer embrión de escuela sevillana, que por el momento es sólo un vago deseo—Olavide, Jovellanos, Trigueros, Merás—, pero cuya semilla no se perderá y va a fructificar algunos años más tarde.

Nada más emotivo que leer las cartas, epístolas, odas que se dirigen mutuamente todos estos amigos en la poesía. Es lástima, en cuanto a las cartas, que se conserven sólo unilateralmente las dirigidas a Jovellanos y no sus respuestas. Pero aun así, tenemos los datos suficientes para reconstruir el estupendo magisterio, que hoy nos parece inverosímil, ejercido por el poeta asturiano sobre los poetas agustinos y los que en seguida se les van a unir. El primer *Parnaso* salmantino lo componen cinco: *Liseno*, *Delio*, un desconocido *Andronio*, agustino también probablemente, el tierno Meléndez Valdés, o sea, *Batilo*, y otro más, quizá Forner. Espiguemos en las frases que en verso o prosa dedican a *Jovino* sus ideales discípulos. Fray Diego le canta: *Jovino, gloria mía—Jovino, mi Jovino—(nombre en mi boca, cual la miel, sabroso)*.

BATILO Y JOVINO

En cuanto a *Batilo*, hay que recordar la célebre *Epístola al Sr. D. Gaspar de Jovellanos, dedicándole el primer tomo de poesías el año 1785*, donde, entre tantos versos siempre citados, se leen otros de jugosa evocación. *Y Madrid goza los opimos frutos—de tu constante afán. ¡Oh! ¡qué de veces—mi blando corazón has encendido,—*Jovino, *en él; y en lágrimas de gozo—nuestras pláticas dulces fenecieron!—¡Qué de veces también en el retiro—pacífico las horas del silencio—a Minerva ofrecimos, y la diosa—nuestra voz escuchó! Las fugitivas—horas se deslizaban; y embebidos—el alba con el libro aun nos hallaba.—¿Pues qué, si huyendo del bullicio insano—en el real jardín?... ¡A dónde, a dónde—habéis ido, momentos deliciosos!—¡Disputas agradables, do habéis ido!*

Estos paseos por el Retiro, estas lecturas prolongadas hasta el alba, y, sobre todo, esas *agradables* disputas nos compensan de tanta lágrima como amenaza ahogarnos en los versos y, lo que es más grave e increíble, en la simple prosa de las cartas privadas. Cuánto lloraban nuestros abuelos del XVIII. Y si ellos lloraban de verdad al despedirse, al pensar uno en otro, al amar, al entregarse a los tiernos placeres de la educación de los jóvenes, ¿cómo no habían de llorar sus personajes, nacidos a su imagen y semejanza? ¿Cómo no habían de derramar cálidas lágrimas los *Torcuatos* y *Anselmos* de las comedias lagrimeantes?

Pero aun es más significativa la correspondencia de Meléndez. Las expresiones de devoción, de entrega, de emocionada gratitud, las confesiones de deuda espiritual y poética son sin número y a cual más enternecedoras. «¿Quién soy yo para que V. S. se interese tanto por mí y me ofrezca tanto como me ofrece? Yo me lleno de confusión al mirarme». Año 1777. Del mismo año: «Cuando la leí (la carta de pésame de Jovellanos) vertí infinitas lágrimas, y casi que no pude dormir en toda aquella noche». Pero lo verdaderamente curioso es que no todo son deudas de *Batilo* para *Jovino*. También las hay de signo contrario. El talento poético de Meléndez era tan evidente, tan reconocido desde el primer momento por D. Gaspar, que no vacila en someterle éste sus ensayos poéticos, no sólo a su juicio, sino a su lima. Y así tenemos al *señor de Sevilla*, como le llamaba *Delio*, al principio temeroso de haberle remitido una epístola consolatoria y al poeta del Zurguén animándole. «¿Ha de ser acaso todo acabado? Y en esta casta de escritos familiares, ¿no debe reinar un cierto desaliño, que los hace más apreciables?» «Algún otro verso—se atreve a decir *Batilo*—no es tan flúido como los demás; pero en estos escritos, vuelvo a decir que debe reinar un cierto desaliño». Poco después recibe la traducción del primer canto de *El Paraíso Perdido*. «... y acá, digámoslo así, le daremos otra lima en lo que alcanzare mi pequeñez, pues con la misma complacencia que le alabo, le notaré cualquier ligero defectillo que advierta, ya sea de asonancia, versificación, etc.

Creo que no hacerlo sería abusar de la confianza de V. S. y del santo nombre de la amistad». Y, en efecto, meses después—1778—. «Ahí tiene V. S., por último, el *Milton* enmendado». Y sigue una notable explicación de sus escrúpulos retóricos, en orden principalmente a huir de las asonancias en el verso suelto y a algunos detalles de léxico.

El escrúpulo de Jovellanos era tal, que no se conformaba con la lima de su amadísimo Meléndez, sino que también quería la de un joven irlandés del Colegio de Salamanca para la fidelidad del sentido y la *supervisión*, como diríamos hoy, de quien, como Cadalso, dominaba la lengua inglesa y el verso español.

Y es que Jovellanos, más seguro en otras cosas sustanciales, como, por ejemplo, en el concepto del deber poético—que le llevó a desviar a *Delio*, *Liseno* y *Batilo* de sus legítimas vocaciones, orientándolos según los consejos de una de sus más citadas poesías, hacia la inspiración heroica, filosófica y metafísica—, se sentía inseguro en los primores de la dicción y del ritmo y no vacilaba en someterse al gusto más intuitivo, dotado y musical del más poeta de toda aquella generación tan poco visitada de las musas. Luego volveremos sobre esto. Y vamos a continuar con la formación poética de Jovellanos y con sus relaciones con los demás poetas de su tiempo.

RUEDA DE POETAS

No todos habían de ser amigos. Si Forner puede ser incluído entre los salmantinos, no así entre los amigos verdaderos. Lo que más le molesta a D. Gaspar es su conducta en el pleito de García de la Huerta. Había escrito Jovellanos unas poesías burlescas, de muy poco valor, por cierto, pero no debieron de parecérselo así al agrio Forner que, con escasa lealtad, se las apropia. Puede verse el detalle de este curioso incidente en los *Diarios*, pág. 269, y otros lugares. Por las páginas de los mismos *Diarios* vemos aparecer, sin contar al dulce *Batilo* y su familia, a otro poeta.

San Sebastián, 26 de agosto de 1791: «Visita de Samaniego, que reside en la hacienda de Juramendi; graciosísima conversación. Nos recitó algunos versos de su descripción del *Desierto de Bilbao*, dos de sus nuevos cuentos de que hace una colección, todo saladísimo».

¿Y Moratín? Don Leandro era 16 años más joven y además forma en las disputas retóricas del fin del siglo y de comienzos del XIX, en el bando contrario, en el de los puristas a ultranza, cuyo pontífice crítico y retórico va a ser Hermosilla quien, como subraya *Azorín*, echará en cara a Jovellanos el empleo de palabras plebeyas e inconvenientes para el decoro poético, tales como *mulas*, *campanillas*, *trote*, *mayoral*. (Véase *Madrid*, de *Azorín*. Capítulo *El secreto de Baroja)*. Años después va a retoñar la polémica con el *Examen del Juicio Crítico de Hermosilla*, de D. Juan Nicasio Gallego, en el momento de su publicación por Salvá. Es ésta una polémica interesantísima, en la que intervienen o quedan aludidos poetas como Moratín, Quintana, Cienfuegos—blanco este último de la terrible sátira de Moratín—, Meléndez, Vaca de Guzmán, Maury. Toda la poesía española de medio siglo. Valdría la pena de un estudio minucioso de tanto escrúpulo, repulgo y remilgo como en esas sátiras, exámenes y diálogos se entrecruzan, pues sólo así valoraríamos menudencias que hoy se nos antojan completamente nimias, pero que entonces dividían a los poetas en sectas irreconciliables y, lo que es más triste, las distraían con tanta faramalla retórica de la verdadera y ambiciosa cuestión central de la poesía grande, apenas rozada en tan largos años. En ese *Examen* de Gallego es donde se lee la graciosa sátira—y esto es lo único que se ha hecho popular del divertido diálogo (porque se supone un diálogo entre Hermosilla y el impresor Salvá)—que recuerdo ahora, por referirse indirectamente a Jovellanos y directamente a la *Oda* que le dedica Moratín, que empieza: *Id en las alas del raudo céfiro*. Gallego demuestra que la supuesta invención métrica de Moratín es tan sólo un artificio tipográfico al unir en un solo hexasílabo dos pentasílabos, como los de la fábula lagartijera de Iriarte: *Vió*

en una huerta—dos lagartijas—cierto curioso—naturalista, y el pobre Hermosilla se quedó confuso y turulato.

Pues bien, a pesar de tanta pólvora, que no toda se fué en salvas, Jovellanos no sólo corresponde a los versos de Moratín (bellísima epístola en verso blanco la llama) con su comentada *Respuesta a una epístola de Moratín*, que no es, por cierto, de lo mejor suyo, pero sí de lo más interesante como revelador de su candidez progresista, sino que en la intimidad de sus *Diarios*, donde no cabe lisonja ni política literaria, queda repetidamente apuntada su devoción por el elegantísimo joven maestro *Inarco Celenio*. Así aprueba una representación gijonesa de *El viejo y la niña*. Se le ve trabajar cuidadosamente—bien sabía el gusto difícil del destinatario—en la carta poética a Moratín—«todavía en la epístola a Moratín, que seguramente va mejorando, pero que no me contenta». Recibe luego *La Mojigata*, que lee en dos días atentamente. «Es bella, aunque tiene que pulir y mejorar».

En cuanto a Meléndez, ya hemos visto la intimidad de su mutua influencia. Si ahora, en conjunto, tratamos de cotejarlos, limitándonos para abreviar a un sólo aspecto, al tema de la naturaleza, observaremos que en el poeta extremeño luchan en sus estampas las convenciones de una educación humanista, de una curiosamente entendida aristocracia de verbalismo poético, con las impresiones directas, frescas y realistas de las delicias del campo (el campo a confesión propia no le gustaba), sobre una piel, unos oídos, unos ojos de artista impenitente. Basta comparar, verbigracia, la sosería, la beata abstracción del decorado geórgico de sus églogas y pastorales, con los finísimos versos ocasionales en que acierta a reflejar los remolinos de la lluvia, los relumbres de las hogueras, el ubérrimo resplandor de las vendimias o el fulgor lactescente y romántico de la luna, compañera y consoladora de sus cuitas de amante o de desterrado. Sin embargo, en conjunto, puede más la literatura que la realidad. No alcanza la noble identificación con el regazo de la madre naturaleza que logra en sus momentos de máxima inspiración, tanto en verso

como en prosa, nuestro *Jovino*. Ni tampoco ese punto exquisito de sublimación, de prócer unidad, de ápice de sensibilidad en carne viva de hombre y de poeta, a que se eleva el incomparable Garcilaso. No. El blando *Batilo* no es el tierno—pero heroico—*Salicio*.

Dos palabras ahora sobre otro poeta, tan alto, por lo menos a mi juicio, como el propio Meléndez, aun reconociendo su inferioridad en ciertas dotes de gracia y ligereza. Me refiero a un sevillano a quien *Jovino* pudo y debió de conocer en su década hispalense, José María Vaca de Guzmán. Recientemente el erudito D. Ángel González Palencia le ha estudiado detenidamente. No es este el momento de entrar con la calma debida a comentar la singularidad y la excelencia de su manera poética—reconozcamos de grado que muy desigual—y de su reacción ante la naturaleza. Baste decir, entre otras muchas cosas posibles, que es el poeta de los alpinistas poéticos. Jovellanos contempla las montañas como espectáculo *hórrido* y *sublime*, con sus adjetivos predilectos. Pero si asciende a sus puertos o a sus cumbres es con designio científico, agrícola, minero o de constructor de calzadas. No debieron de ser muy arriesgadas las ascensiones montañeras del bueno de Vaca. Modestas *performances* de cazador—¿fué cazador Jovellanos?—con ribetes y arreos de ocio poético, ni las sierras andaluzas, por supuesto, se pierden en las estrellas, salvo la Nevada, que cae fuera de la jurisdicción del habitante de la Bética Baja. Pero la impresión desde las cumbres es sustancialmente la misma que la de otros poetas, de menor mérito por más recientes, por escribir cuando ya se había descubierto y vencido el vértigo de las alturas. *Al monte vas por ásperas veredas;—en sus molinos ves el fruto nuevo—desmenuzarse con pesadas ruedas;—o sostenido en el derecho acebo—entre chopos, abetos y lentiscos—el alto cerro a fatigar te llevo,—y desde la eminencia de sus riscos—dominas la cascada y sus orillas,—el valle, la cabaña y los apriscos;—divisas las ciudades y las villas;—bajo los pies las nubes divisamos,—y las aves que vuelan en cuadrillas.*

Vaca de Guzmán representa el equilibrio entre lo abs-

tracto retórico y lo concreto naturalista. Entre el bucolismo y la prosa en verso. Por eso es tan genuino—y sin par—poeta.

La balanza cae de lleno, derribándose del otro platillo en el adorable, en el cándido, en el escarnecido presbítero D. Francisco Gregorio de Salas. No conozco ninguna referencia de Jovellanos sobre el poeta del *Observatorio Rústico.* Ni es fácil que la dejara. No podía gustarle. En nuestros días, dos buenos amigos de la poesía, *Azorín* y José María de Cossío, han desagraviado al buen observador rústico de la rechifla, la incomprensión y el olvido de sus contemporáneos y sucesores. ¿Quién ha visto, como él, los mil y un incidentes de la vida aldeana, quién ha anotado los nombres precisos, los gestos minuciosos, los escorzos proféticamente fotográficos y sabrosísimos de bestias y pájaros, de niños y viejas y frailes, de plantas e insectos; quién ha estatuído con tal pueril honradez y vibración tan aguda el calendario rústico, los trabajos y los días de la aldea y su contorno? Bendito prosaísmo, que si a veces nos hace prorrumpir en benévola, beata sonrisa, nos compensa siempre con la frescura de la sensación primigenia, con el contacto de la vida eterna y rumorosa.

Nos habíamos olvidado de D. Nicolás. Y ahora, después de hablar de su hijo, nos sale al paso al reclamo de la caza. Cazador también, como Vaca de Guzmán, es en su poema de *La Caza* donde se asoma más francamente a la naturaleza. En sus sextinas reales quedan apresadas, con la dosis suficiente de realismo y sin escrúpulo de dieciochesca manipulación, la luz y las frondas, el velazqueño telón de fondo de sus cacerías tan técnicamente descritas. Su posición poética es, como siempre, arcaizante; recuerda a los poetas del siglo de oro, un Balbuena, un Lope o un Tirso. Nos quedamos también en este caso sin saber lo que opinaba Jovellanos, pero en el mejor de los casos esas glorias del XVII no eran, ya lo hemos visto, sus *Dii majores.*

¿Hemos terminado con esto el desfile de los poetas leídos o afectuosamente tratados por Jovellanos? Aún no. Para que la lista fuera completa, necesitaríamos dedicar

unos instantes a Quintana, el gran Quintana. Baste sólo un rasgo. Todos recordáis el admirable pasaje—lo definiremos con palabra que a *Jovino* le sería grata—el sublime pasaje de la noche en el Paular, el momento más inspirado de Jovellanos y quizá de toda la poesía de su tiempo. No creo que a vosotros os parezca ocioso oirlo una vez más. Descansará así mi fatigosa prosa y vosotros con ella.

Cuando en las claras noches cuidadoso
Vuelve desde los santos ejercicios,
La plateada luna en lo más alto
Del cielo mueve la luciente rueda
Con augusto silencio, y recreando
Con blando resplandor su humilde vista,
Eleva su razón, y la dispone
A contemplar la alteza y la inefable
Gloria del Padre y Criador del mundo.
Libre de los cuidados enojosos
Que en los palacios y dorados techos
Nos turban de contino, y entregado
A la inefable y justa Providencia,
Si al breve sueño alguna pausa pide
De sus santas tareas, obediente
Viene a cerrar sus párpados el sueño
Con mano amiga, y de su lado ahuyenta
El susto y las fantasmas de la noche.
¡Oh suerte venturosa, a los amigos
De la virtud guardada! ¡Oh dicha, nunca
De los tristes mundanos conocida!
¡Oh monte impenetrable! ¡Oh bosque umbrío!
¡Oh valle deleitoso! ¡Oh solitaria,
Taciturna mansión! ¡Oh quién del alto
Y proceloso mar del mundo huyendo
A vuestra santa calma, aquí seguro
Vivir pudiera siempre, y escondido!
Tales cosas revuelvo en mi memoria
En esta triste soledad sumido.
Llega en tanto la noche, y con su manto

Cobija el ancho mundo. Vuelvo entonces
A los medrosos claustros. De una escasa
Luz el distante y pálido reflejo
Guía por ellos mis inciertos pasos;
Y en medio del horror y del silencio,
¡Oh fuerza del ejemplo portentosa!
Mi corazón palpita, en mi cabeza
Se erizan los cabellos, se estremecen
Mis carnes, y discurre por mis nervios
Un súbito rigor que los embarga.
Parece que oigo que del centro oscuro
Sale una voz tremenda que, rompiendo
El eterno silencio, así me dice:
«Huye de aquí, profano; tú, que llevas
»De ideas mundanales lleno el pecho,
»Huye de esta morada, do se albergan
»Con la virtud humilde y silenciosa
»Sus escogidos: huye, y no profanes
»Con tu planta sacrílega este asilo».
De aviso tal al golpe confundido,
Con paso vacilante voy cruzando
Los pavorosos tránsitos, y llego
Por fin a mi morada, donde ni hallo
El ansiado reposo, ni recobran
La suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos
Paso la triste y perezosa noche
En molesta vigilia, sin que llegue
A mis ojos el sueño, ni interrumpan
Sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la rosada aurora
La luz aborrecida, y en pos de ella
El claro día a publicar mi llanto
Y dar nueva materia al dolor mío.

Ciertamente, jamás el verso de D. Gaspar, austero y rígido, se conmovió de estremecimiento casi romántico, se humedeció de lágrimas y coloreó de reflejos como en

esta meditación del Paular. Más de un siglo antes de Enrique de Mesa y los paisajistas pensionados, el Paular es descubierto para la emoción serrana, religiosa y poética por el grave y melancólico *Jovino* en el ápice de su madurez madrileña. Admirable ecuación del paisaje exterior y del *estado de alma*, solución romántica y eterna de un problema de estética, pese al ademán clásico y a las reminiscencias de Fray Luis. Pues bien: si recordáis ahora «el distante y pálido reflejo de una luz artificial por los medrosos claustros», veréis que mucho antes lo recordó con gran provecho el Quintana de *El Panteón de El Escorial. Y de repente—vuélvense de la bóveda las puertas—sobre el sonante quicio estremecido:—la antorcha muere que mis pasos guía,—y embriagado el sentido,—mil terribles imágenes se ofrecen—a mi atemorizada fantasía.* Y luego: *Un alarido agudo, lastimero,—el silencio rompió que hondo reinaba,—mientras las urnas lánguida alumbraba—pálida luz de fósforo ligero.*

El *efecto de luz*, frase favorita de los pintores del ochocientos se ha hecho más melodramáticamente romántico. Pero la coincidencia en la disposición del escenario y en el juego de los fúnebres resplandores, es evidente. Ni termina con Quintana la rueda planetaria que gira en torno a la personalidad de Jovellanos. Caso raro. Un poeta, en potencia inferior, menos poeta que otros de sus amigos, y que, sin embargo, rige, es el centro de la poesía española durante casi medio siglo. Porque, ¿cómo olvidar a *Poncio* (¡Dios mío, qué alias arcádico!), o sea, a Vargas Ponce? Ya antes recordamos lo de la quema de los versos. Pero *Jovino* le quiere de veras, se cartea largamente con él y le dirige su famosa alegación antitaurina. Y ya que de marinos hablamos, terminemos esta enumeración incompleta (quedan Cienfuegos, el último de los «cuatro insignes poetas—palabras de Jovellanos en carta a Posada—, Meléndez, Moratín, Cienfuegos y Quintana», *todos descendientes de Asturias*; ahora nos explicamos la simpatía generosa hasta para el enemigo), con otro marino, que por su juventud, nos sorprende encontrar ya en un apunte de los *Diarios* de 1796.

Juan Bautista de Arriaza tenía poco más de veinte años, y he aquí lo que dice Jovellanos: «Carpio envía un poema erótico; su título, *Silvia*; su autor, Arriaza, que dice criado en Italia. Graciosa composición; todavía la dicción no es bien sostenida, ni el número bien armonioso; no es composición muy casta para el gusto de nuestra nación, aunque el deleite está expresado con toda la delicadeza posible; quisiera que se imprimiese aquí; no me meteré yo en ello». Delicioso pasaje y justísimo por otra parte. Arriaza llegó a ser, era ya entonces, un finísimo poeta, dotado justamente con todos los dones que le faltaban a Jovellanos. Razón de más para apreciar la fineza de su crítica.

Hemos procurado hacer desfilar vertiginosamente los poetas modernos. ¿Y los clásicos? Me permito no entrar de lleno en la respuesta, porque, en rigor, en lo esencial, ya está dada por las altísimas autoridades que me han precedido en el examen de la poesía de Jovellanos. Compruébase su linaje ascendente por las referencias que en *Diarios* y correspondencia se hacen de sus lecturas, de los modelos elegidos para la educación de los alumnos, así como de las recomendaciones a sus amigos en materia de lectura y estudio. Así, sobre todo, en su juventud cree en la eficacia, no sólo de los modelos poéticos, de Homero, Horacio, Anacreonte, Virgilio o Juvenal, sino, lo que es más revelador, de los preceptistas, desde la *Poética* de Aristóteles hasta las *Instituciones poéticas* del P. Juvencio, sin olvidar a los italianos Scaligero y Castelvetro, ni a los franceses Marmontel y Boileau y Batteux, ni al inglés Blair, ni a los españoles Cascales, Pinciano y Brocense. Es indudable que sabía muy bien sus clásicos, sobre todo, su Horacio y su Juvenal. Y, sin embargo, no cae en la superstición de desdeñar a los modernos. No hay que olvidar que fué uno de los primeros propugnadores del estudio de las lenguas vivas y que dejó juiciosas indicaciones gramaticales y estilísticas y pedagógicas acerca del francés y del inglés. Si creía en la superioridad de los antiguos sobre los modernos, era pensando en la decadencia de los tiempos que le había tocado vivir. Ellos—decía—crearon y nosotros imitamos. Pero el

texto más interesante a este respecto, es el prólogo a su tragedia *Pelayo*, donde se leen estas nobles y modernísimas afirmaciones: «Yo no traté de imitar, en la formación de esta tragedia, a los griegos ni a los latinos. Nuestros vecinos los imitaron, los copiaron, se aprovecharon de sus luces, y arreglaron el drama trágico al gusto y a las costumbres de nuestros tiempos; era más natural que yo imitase a nuestros vecinos que a los poetas griegos. Cuando Horacio decía a sus paisanos: ... *Vos exemplaria graeca—nocturna versate manu, versate diurna* (*Art. Poet.*), ya conocía Roma muchos trágicos y muchísimas tragedias latinas; con todo, les mandaba seguir los modelos griegos; pero si viviese en el día, y nos diese reglas, acaso nos mandaría que leyésemos a Racine y Voltaire».

Por eso, si hiciéramos una estadística de las citas de sus lecturas, resultaría una mayoría a favor de escritores contemporáneos y una mayoría, igualmente, a favor de escritores extranjeros. Prescindiendo ahora de escritores científicos, habría que apuntar—aparte de los nombres de la nueva filosofía—un Locke, un Condillac—los de poetas como Saint Lambert, Boileau, Tasso, Giraldini, Betinelli, Alfieri, Florián, Milton, Gessner. Entre los españoles, condena a los del período que hoy llamamos barroco, el siglo XVII, y no ya sólo a Góngora, sino al propio Lope, sin exceptuar apenas algunos nombres. Sin embargo, de Góngora admite y lee con deleite sus romances. No falta alguna reminiscencia gongorina, reveladora de lo profunda que fué su influencia, que aún perdura hasta fines del XVIII, aunque sea para parodiarle. Tal el verso *en campos de zafiro pace estrellas*, aparece en Jovellanos transformado, para aplicárselo a la *divina Ladvenant, que ahora—anda en campos de luz paciendo estrellas*. Dado el tono jovial de la sátira segunda *A Arnesto*, al menos en ese pasaje, la broma es evidente y equivale a las parodias burlescas que tanto abundaron en las sátiras poéticas del XVII. Otras veces, las reminiscencias son completamente en serio. De los Argensolas, modelos predilectos para sus sátiras, procede el verso aludiendo al Najerilla: *Después ni sufre mar-*

genes ni coto, que en seguida nos trae a la memoria el *no sufre Ibero márgenes ni puentes.*

Claro está que Fray Luis había de ser el modelo preferido. La *plateada rueda de la luna* reaparece en Jovellanos, y si queréis una prueba flagrante de la sugestión ejercida por el sublime poeta agustino sobre su discípulo del XVIII, os haré observar que la famosa y discutida licencia del *miserable-mente*, partiendo el adverbio en dos versos distintos, la admite y usa D. Gaspar repetidas veces. Por ejemplo, en la epístola *a sus amigos de Salamanca*, nada menos que tres veces, *que los venenos mismos irá rectamente a iludir sus tiernos corazones. Y sálvalos, oh Dios, para que eterna-mente suba a tu trono el dulce acento. Y todas las pasiones son impune-mente sobre las tablas exaltadas.*

No creo que tenga demasiado interés perseguir hasta el agotamiento este escarceo iniciado sobre las fuentes de la poesía de Jovellanos. Veríamos cuánto más debe a Juvenal y su *splendida bilis* que al propio Horacio y su risueña zumba. Pero más cerca de los Argensolas, es más evidente aún la lectura constante que debió hacer—sobre todo, próximo a escribir sus magníficas sátiras, lo mejor de su poesía desde el punto de vista técnico y de dominio de la lengua—de las epístolas y sátiras de Lupercio y de Bartolomé. La sátira *A Flora* del mayor y los tercetos sobre los vicios de la corte del menor de los dos Leonardos, son modelos visibles, y por dicha valientemente emulados, de las sátiras *A Arnesto*. Esta es, sin duda, la parte más viva hoy de la poesía de Jovellanos. Su cálida dicción, su encrespado movimiento, la felicidad continua de la adjetivación, la audacia léxica y el soberbio equilibrio entre el humor grave y la mal represada indignación, eleva a estas piezas sobre el nivel de casi toda la poesía de su siglo. Sólo Leandro Moratín, en sus incomparables sátiras, acertó a superar esta maestría jovellánica, si no en el valor moral y en la entereza del carácter, sí en la milagrosa perfección e incólume gracia de los blancos, elegantísimos endecasílabos. Todos los demás, Meléndez Valdés incluso, quedan muy por bajo de nuestro amado *Jovino.*

LA TÉCNICA

Otro tanto cabe decir del otro aspecto de la mejor poesía de Jovellanos. La poesía de meditación moral y sentimiento del paisaje, especialmente en la admirable y ya recordada *Fabio a Anfriso*, en los deliciosos tercetos *Jovino a Poncio* y en la descripción de la vega del Bernesga. El citar de paso los tercetos de Jovellanos me invita a tratar, aunque sea sumariamente, de un aspecto de su poesía acerca del cual se ha escrito muy poco. El de su técnica rítmica y fonética. Es tan expresivo siempre no sólo de lo que en sí misma es y representa la forma artística como tal, sino de la espiritualidad, del contenido y la riqueza y *el color* de un alma, la simple manifestación de las preferencias métricas de un poeta y su peculiaridad al tratar las estrofas recibidas... Pues bien, Jovellanos no fué un poeta fácil. No poseía el milagroso don de cantar naturalmente en verso, como un Garcilaso, un Lope o un Zorrilla. Se han repetido mucho los duros juicios de Quintana y del Marqués de Valmar: «Su estilo es más bien una prosa noble y culta que una dicción verdaderamente poética. Los versos no tienen el halago, el numen y la armonía que necesitan para herir agradablemente el oído y grabarse en la memoria». Estas palabras son de Quintana.

He aquí las de Valmar: «Como versificador, no es un modelo Jovellanos. Abusa de las licencias poéticas, lucha sin tregua con los acentos, con las cesuras, con las sinalefas y no sale siempre vencedor». Crueles son ambos juicios, pero hay que reconocer que, desde sus respectivos puntos de vista, tienen razón. Quintana, más poeta que Jovellanos, aunque no lo fuera del todo, encuentra duros los versos de su maestro. En cuanto a don Leopoldo Augusto, su ideal tenía que ser la tersura académica, tan valorada en los ambientes aristocráticos del postromanticismo. Hoy nos atrevemos a mirar las cosas de distinto modo. La vindicación del arte barroco, con todo lo que éste tiene de violento, de convulso, de voluntariamente estorboso y difícil, está

lograda plenamente en nuestros días. Un Jáuregui, por ejemplo, emulando gloriosamente en lengua castellana los desgarros, rompimientos, relámpagos y elipsis del exámetro de Lucano; un Greco, dirimiendo la lucha de la materia contra el espíritu a pura esgrima de luces y volúmenes alucinados; un Ribera, alumbrando tenebrosamente las auras que perfilan los contornos de sus mártires desollados; un Quevedo, descoyuntando genialmente los huesos del idioma de Castilla, son fenómenos artísticos de intensidad que raya en el frenesí, pero de signo positivo y plenamente admitidos y glorificados entre nosotros. Las cálidas mixturas de la parla pintoresca y fustigadora del buen *Jovino*, no pueden ya escandalizarnos. Antes bien, se las agradecemos, porque es casi la única manera que tiene de ascender a poeta quien no nació particularmente beneficiado en el reparto de las gracias. Y digo *casi*, porque aún queda otra, más alta y más genuina, la de elevarse a fuerza de bondad de alma y de efusión humana y religiosa hasta la cumbre de la moral serenidad, asistido en una racha feliz por la inspiración de la lengua. Pero releamos esas barrocas sátiras. Cuánto hay que admirar en ellas con admiración, sin cortapisas ni reservas. Precisión que no falla, hasta en lo de *ese es un nono nieto del Rey Chico*. Tres siglos desde Boabdil, a tres generaciones por siglo, la cuenta justa. Versos sueltos se pueden citar no pocos como modelos rítmicos y de felicidad expresiva: *Todo lo agotan; cuesta un sombrerillo—lo que antes un estado, y se consume—en un festín la dote de una infanta.* Moratín no lo mejoraría.

Volví a León y a los paternos riscos—y caí de sus altos vericuetos—a este emporio de peces y mariscos. O éstos que terminan con un verso tan admirable, de la poesía al fiel *Posidonio*, desde Bellver: *Tal vez un día—a vernos volverá, gozosa entonces,—la triste Gigia, unidos y felices.—Tal vez las copas de los tiernos chopos—con que la ornó mi mano, y que ya el tiempo—alzó a las nubes, cubrirán a entrambos—con su filial y reverente sombra.—Juntos tal vez sus playas resonantes—tornaremos a ver; aquellas playas—pisadas tantas veces de consuno,—mientras el sol buscaba otro hemisferio,—*

y el mar Cantabro con alternas ondas—besar solía las amigas huellas. Difícil es encontrar cauce poético para el motivo de la vocación científica. Sin embargo, Jovellanos logra hermosos versos ungidos de penetrante emoción—por no hablar de su extraordinaria y conmovida prosa—hermosos versos, a los que pretende emular con inferior emoción el Meléndez de los *Discursos.*

Pero habíamos quedado en decir algo de la técnica y en especial de la versificación. En sus poesías juveniles domina, como no podía menos, el romancillo a lo Villegas. Fáltale al joven poeta la musicalidad y ligereza necesarias para triunfar en este género más o menos anacreóntico, donde le vence el mismo Cadalso, sin hablar ya de los alígeros Iglesias y Meléndez. Tampoco es su fuerte el romance octosílabo. Pero, en cambio, nos interesan sus estrofas sáficas. No sé si ha sido observado que don Gaspar emplea en una de sus poesías de ocasión, el *Epitalamio al señor don Felipe Ribero,* un tipo especial de estrofa sáfica, que ignoro si tenía precedentes. Probablemente los tendría, porque no esperamos de la severa musa de Jovellanos alardes de innovación y experiencias rítmicas de nuevo cuño. En todo caso, es una rara y feliz combinación la que establece la rima interna entre el segundo verso y la primera pausa de acento del siguiente: *Dobla sin susto al yugo sacrosanto—claro Felipe, el receloso* cuello,— *mientras el* sello *a tu futura dicha—pone Himeneo.—Mira cuál viene, y de su triunfo ufano*—(el *bufido* de esas efes seguidas *fo ufa* es de los que harían arrugar la frente a un Moratín o a un Meléndez)—*de paz al suelo y de contento* inunda—*y tu* coyunda *en los celestes signos—raudo coloca.* Es evidente el acierto de esta escondida rima que palía un poco la aburrida blancura y el sonsonete escolástico de los dichosos sáfico-adónicos.

Los sonetos, como tales sonetos, no son mejores ni peores que cualesquiera de los de su siglo. El mejor es el dedicado *A la noche,* donde creo ver un recuerdo del poeta Francisco de la Torre. Bien se defiende Juvellanos en verso de tan difícil doma como el decasílabo musical de tres

pies del *Canto guerrero para los asturianos.* Esta clase de composiciones, de las que tal consumo había de hacer el patriotismo de la Independencia, no se prestan a una verdadera inspiración poética, pero el esclarecido patriota, el insigne patricio gijonés, que verdaderamente sentía el asunto, logra algunos versos rotundos, sobre todo los que evocan las gestas de Zaragoza, Bailén, Alcañiz, etc. Y llegamos con esto a tratar de la cuestión capital en la métrica de Jovellanos. ¿Rima o verso libre? Ya hemos visto cómo preocupaba esta cuestión a los poetas del tiempo, como Meléndez, a quien recordamos persiguiendo asonancias en los versos blancos de su amado *Jovino.* Pero el texto más interesante es el de una carta de D. Gaspar a *Frasquito*, del 3 de julio del año 75 ó 76. «Mi amado *Frasquito*: devuélvote la sátira de Juvenal perifraseada, que tiene lindas cosas, y me ha parecido muy bien. Es lástima que no la hayas puesto en tercetos, ya que no se te resiste la rima, pues es innegable que añade gran belleza a la poesía, y por más que sea el primer partidario del verso suelto (y esto es verdad, porque no faltan otros testimonios terminantes de su pluma ni huellas de la influencia sobre sus amigos en este punto del cultivo del verso sin rima)—pero ahora viene lo bueno—, no puedo negar que escribiría en consonante si no hallase una resistencia invencible en acomodar a él mis ideas». Es decir, una variante de la fábula de la zorra y las uvas. Y esta adorable confesión se relaciona con otra no menos deliciosa en su intimidad de algunos años después, 6 de agosto del 95. Dice en los *Diarios:* «Tercetos. ¡Cuál se resiste la rima! Acostumbrado al verso blanco, no puedo vencerla; al fin, es un juguete, y va adelante». Y sigue apuntando en días sucesivos los penosos avances. Al fin, el día 10, *Conclusión de los tercetos.* Se trata de los preciosos tercetos *A Poncio, Oh, cuán feliz nació la golondrina*, que hemos de convenir en que encadenó y remató gallardamente. Cadenas forzadas las de esos malhadados tercetos, a las que condenó por siglos y siglos el desdeñoso Dante a los infelices poetas de tres naciones latinas. Uno de los tormentos con que él no

contaba. Por lo demás, la miope preocupación de Jovellanos por todos los problemas del verso—rimas, acentos, pausas, léxico, figuras, etc.—es constante. Bastaría, entre otros muchos pasajes, comentar su correspondencia con Posada.

LA ROMÁNTICA LUNA

Voy a terminar. No es posible hablar de todo. Pero como reactivo incomparable para observar la fibra de un poeta, ninguno como la casta Diana, la diosa trina de los clásicos, la pálida luna, antorcha funeral de los románticos. La frecuencia con que *Jovino* la contempla en vida, astronomía, meteorología agrícola, prosa y verso es bien reveladora de su plural afición selenista. Es la *fúlgida luna* de su himno en versos sáfiros, la *reina de la noche* de su romancillo, que derrama sus luces *por las desiertas playas, por los medrosos bosques*. La admirable del Paular. Pero quizá las más bellas, poéticas, románticas, originales las encontramos en sus prosas. Ved está soberbia estampa de la *Descripción* de *Bellver*. Está hablando de la bahía de Palma: «Por la noche centellea con la graciosa luz de las estrellas, que asoman a lo más alto del cielo sus radiantes cabezas. A no ser que la luna, ansiosa de reemplazar al día, se muestre hacia el oriente en la plenitud de su disco. Entonces se retiran, y la reina de la noche se alza majestuosa a recorrer su imperio. Su imagen cae y aparece luego en la bahía, se prolonga como una brillante manga de luz sobre sus aguas, y va girando, lenta y silenciosamente, por la trémula superficie. Entretanto, las tinieblas luchan en la llanura con sus rayos, como para defender el dominio de la tierra. A lo lejos se confunden y desfiguran los objetos de la campiña; pero cerca se puebla este bosque de sombras monstruosas, que ya se ven cobijadas y como en acecho con las copas de los árboles, ya parecen salir de entre ellos para hundirse en los fosos, o asaltar los muros y torres, o ya giran vagorosas en torno del glacis del castillo. Juegos de la naturaleza perdidos para el hombre soñoliento; pero llenos de dulzura y de encanto para el que vela y se

complace en contemplarla.» Maravillosa página que deberían saber de memoria los escolares españoles, como aprenden otras no más bellas de Chateaubriand los franceses.

Poeta en prosa Don Gaspar lo es en sus mejores momentos, según acabamos de ver. Pero aun en otros, su atención y sensibilidad para todos los fenómenos de la naturaleza le convierten en poeta en potencia, si bien de momento se limite a una simple anotación en el registro diario. Permítaseme señalar tan sólo y para terminar dos notables coincidencias entre la prosa de Jovellanos y el verso de quien esto escribe, coincidencias en absoluto espontáneas, pues que yo ignoraba el precedente. Mi poesía *La Cometa* se inspira en un espectáculo, no por frecuente menos maravilloso. Helo aquí observado, anotado finamente con sensibilidad excepcional en el siglo de Don Gaspar: «Febrero de 1797. *Anochece en Roces; luna; las nubes corriendo hacia arriba, impetuosamente arrastradas por el Nordeste, presentaban un raro fenómeno; parecía que la misma Luna se precipitaba despeñada sobre el Oriente*». Y ahora, otro prodigio celeste que rara vez será dado observar. Quizá nunca en el trascurso de más de un siglo entre el falso eclipse de luna de Jovellanos y el auténtico de sol—eclipse parcial de sol—, disfrutado por mí desde el mismo Observatorio de la playa de San Lorenzo: «25 de septiembre de 1796. Domingo. *Ilusión de Colás; creyó que un navío se incendiaba en medio de la mar. Salté de la cama, y Acebedo; caímos en la misma y la sufrimos por un rato; era la Luna al asomar por el horizonte; estaba muy encendida y de color de fuego; una nube cubría enteramente su disco, salvo una pequeña parte; ésta se presentaba al principio representando un buque de bastante tamaño, incendiado de popa a proa; pareció después que el fuego trepaba por el aparejo hasta los topes, y la interposición de las nubes aumentaba la ilusión; duró como tres minutos. La misma duración (porque esperaba de un instante a otro ver la máquina hundirse en el agua) y, al fin, la extrema forma de la luz me hizo creer que era otra la causa, y al fin, que la Luna. Al pronunciarlo, todos reímos y recobramos la calma*».

Tres minutos de ilusión es todo lo que se permite en un siglo antipoético. Vivirlos y expresarlos aquí y allá en una obra noble, extensa, rica en valores y sabores humanos, es la mejor prenda de que en los instantes propicios no le falló a Jovellanos la divina centella de la Poesía.

GERARDO DIEGO.